I

Salió a abrir Susanna, la criada. Llevaba un vestido descolorido de lanilla gris, recogido en las caderas, que dejaba ver una enagua raída de algodón oscuro; el delantal de tela gruesa estaba salpicado de manchas grasientas; sostenía en la mano una bayeta maloliente. Al entrar, Isolina puso una mueca de disgusto.

—¿Está Checchina? —preguntó.

—Está —respondió Susanna, apretando sus finos labios de beata.

—¿Y qué hace?

—Limpiamos los muebles con petróleo.

—¡Iba a decir que vaya peste! ¿Es que no os ponéis malas, vosotras?

—El olor a petróleo no hace daño.

—Ve a decirle a Checchina que estoy aquí, que tengo que hablar con ella en seguida, ahora mismo —dijo, sacándose del bolsillo un pañuelo muy perfumado de *Jockeyclub* para taparse la nariz.

Susanna se marchó encogiéndose de hombros, con un breve gesto de desdén.

Isolina, que se había dejado caer en el sofá de cretona amarillo pálido con flores rojas, muy duro y con el respaldo recto, contemplaba distraída el salón. Había cuatro butacas pequeñas tapizadas con una

tela parecida a la del sofá y unos pañitos cuadrados de ganchillo para proteger el respaldo de la brillantina de las cabezas; todas alrededor de una mesa redonda de mármol blanco. En el mármol, sin tapete, un posalámparas de gutapercha rojiza y un quinqué de aceite pasado de moda, sin tulipa. Además, seis sillas de madera negra y descolorida, que siempre parecían polvorientas, un estante cubierto de mármol gris, en el que se veían seis tazas de porcelana blanca, la cafetera y el azucarero; dos cajas de peladillas vacías y viejas, una de raso verde claro y otra de rafia con borlas; un platillo de frutas artificiales, también de mármol y de colores vivos, con el higo, la manzana, el melocotón, la pera y un racimo de cerezas; una mesita de juego, cubierta de un paño verde, con las piezas laterales plegadas; y en la única ventana, unos visillos de tul bordado muy transparentes, muy finos, con unas tiras de cretona. Delante del sofá, una alfombra pequeña. Nada más. En aquella lamentable mañana de otoño, hacía un frío glacial en el salón. Isolina se arrebujó en su abrigo negro, que le daba un aire elegante. Luego, muy efusiva, se lanzó al cuello de Checchina, que sonreía tranquila frente a ella.

—¡Al fin vuelvo a verte, corazón! No podía estar más tiempo sin ti, niña mía. Te juro que me han parecido mil años. ¡Esa Frascati! ¿Te divertiste allí, por lo menos?

—Sí —respondió Checchina sin parpadear.

—Y es que estás más guapa y de mejor color. ¡Lástima que todo eso se desperdicie con el tonto de Toto, que no entiende nada! ¿Y por qué llevas flequillo si ya no se estila?

—Pues... es más cómodo. Te peinas en un momento. Susanna no sabe hacer otra cosa.

—¡Qué dices! Compras unas tenacillas de rizar el pelo, metes unos carbones encendidos en un calentador y todas las mañanas te haces los rizos! Como yo, mira. Pero necesitas también una redecilla para que no se te deshagan.

—Susanna no sabe hacer nada de eso —respondió Checchina con obstinación.

—¿Por qué no la echas? Es una antipática.

—¿Antipática?

—¡Uf! Criadas... Todas enemigas a sueldo. Mira, a mí me encantaría echar a Teresa, que es una ladrona, una insolente y... no te digo más. Desaparece de casa horas enteras. Pero ¿qué hago? Lo sabe todo de mí, es de lo más espabilada y de una fidelidad que me sale cara, pero me conviene mucho. Comprenderás que no puedo despedirla... ¿y si le cuenta todo a mi marido? Ayer mismo tuve que regalarle una bata de franela roja todavía ponedera, esa que tanto le gustaba a Rodolfo. ¡Ay!, el amor es un gran tormento.

—Es un gran tormento —murmuró maquinalmente Checchina.

—¿Tú qué sabes? Eres tonta, siempre te lo he dicho. ¿No te habrás enamorado en Frascati?

—¡Isolina!

—No te ofendas, todo es posible. ¡Ay, yo estoy más enamorada que nunca!

—¿De Rodolfo?

—¡Pero qué Rodolfo ni qué Rodolfo! Ese era un necio. Imagínate, abogado como mi marido. No era justo, compréndelo. Para eso, mejor Gigio. Pero

este de ahora es oficial de caballería y yo lo amo inmensamente, como jamás he amado a nadie. ¡Ay, Checchina, qué pasión! ¡Me va a matar!

Mientras pronunciaba aquellas palabras, le subía un rubor que coloreaba su hermoso rostro moreno, le brillaban los ojos y parecía que los labios, húmedos y rojos, sentían ya la glotonería de los besos. Checchina la observaba con su aspecto serio y tranquilo de mujer carente de temperamento, sin una sola vibración de la hermosa figura que el soso vestido de lana negra no conseguía afeár.

—¿Y Gigio? —preguntó con su natural sentido común.

—¡Ah! Gigio es celoso, celosísimo. Me mata si se entera de que amo a Giorgio.

—¿Y no tienes miedo?

—Tengo miedo, claro. Si no lo tuviera, ¿qué gusto le sacaría a mi amor por Giorgio? ¿No es la mayor prueba de amor exponerse a la muerte por el amado? ¡Si supieras el tormento que me da ese amor! Ya se me ha terminado el dinero y comprenderás que lo necesito para Teresa, para los coches, para los guantes y las flores... ¿Me prestas veinte liras?

—¿Cómo quieres que te las preste? No las tengo.

—¡Dios mío!, ¿qué hago yo? Mañana es día de cita, ¿sabes?, y tengo que acudir sin falta. Debo comprarme un velo de gasa que cuesta cinco liras; lo necesito como sea, y un corsé de punto que cuesta quince, y para ir a su casa se necesita un coche...

—Te puedo dar seis liras que he ahorrado de la compra —dijo Checchina en voz baja.

—¿Y qué hago yo con seis liras?

—Habla bajo, que no te oiga Susanna.

—Seis liras... está bien, dámelas, me las apañaré. Gracias, cielo; eres buena, niña mía. ¿Ves?, entre tú y yo hay una amistad extraordinaria. Ojalá pudiera servirte alguna vez para algo...

—No, no —dijo Checchina, presa de un leve temblor.

—Todo puede ocurrir, no nos hagamos las fuertes, corazón mío. Adiós, hasta pronto, me voy, tengo que echar al buzón este billetito para Giorgio. ¿Tienes un sello de una perra chica?

—¿Cómo quieres que lo tenga? Yo nunca escribo a nadie.

—¿A que ni siquiera tienes papel de escribir?

—Lo tiene Toto en el despacho, con su membrete.

—Pobrecilla, ¡cómo te compadezco! El amor es maravilloso, Checchina mía.

Y se marchó toda contenta, ligera, con la efusión de una sonrisa interior en el rostro, como quien lleva un tesoro de dulzura en el alma. Checchina se quedó un instante pensativa, luego se ató a la cintura, sobre el vestido negro, un delantal de tela blanca, y fue a frotar el armario con petróleo mientras Susanna frotaba la cómoda.

II

Un día —era viernes— el doctor Toto Primicerio, a punto de salir, le dijo a Checchina, su mujer, que en ese momento le cepillaba los hombros del abrigo:

—¿Sabes?, he invitado a comer al marqués d'Aragona.

Ella paró de cepillarle en el acto.

—Compréndelo —continuó el marido sin volverse—, fue tan amable con nosotros en Frascati que debíamos cumplir con él aquí, en Roma. Visita a todas las familias nobles y tutea a todas las princesas romanas. Me será útil. Viene el domingo, a las siete, a la hora de cenar, porque ellos cenan a esa hora, así que, por un día, también nosotros cenaremos a las siete.

Al darse la vuelta, vio a su mujer un poco pálida, muy seria.

—¿Esa cena te disgusta, Checca mía? Ya está hecho, y no se puede cambiar.

—Un marqués, aquí... Él, que come en casa de todas las princesas...

—Bueno, aquí se contentará con lo que haya y desde luego no se morirá de hambre. Organízalo tú con Susanna —concluyó Toto con su bendita tranquilidad romana, antes de marcharse al hospital del

Santo Spirito a recomponer brazos dislocados y a curar llagas purulentas.

El médico salió, pero en la estrecha casa quedó su rastro: aquella fetidez inevitable del ácido fénico.

Checchina no organizaba nada con Susanna. La criada estaba en la cocina, quitándole la espuma al caldo y refunfuñando contra la impiedad del señor, que comía carne en viernes, mientras que ella se contentaba con un trozo de bacalao frito. Checchina estaba en su cuarto, sentada junto a la cama de matrimonio —ancha y alta—, con las manos en el regazo, absorta en sus pensamientos, sin caer en la cuenta de que aún tenía puestas las chancletas y el pañuelo de tela al cuello. Un marqués que frecuente casas de princesas y las abraza y las tutea ia comer en su casa! Pero ¿por qué lo había invitado Toto? ¿Cómo se le había ocurrido? En Frascati, el marqués d'Aragona veraneaba en la residencia de los príncipes de Altavilla: paseaba en coche con la princesa a diario, la acompañaba a misa, salían juntos a caballo, ella envuelta en el traje negro de amazona, con un velo también negro enrollado en el sombrero de hombre y una rosa de té en el ojal; él, con traje de terciopelo verde oliva, corbata de raso negro, espuelas de acero y fusta negra. La propia Checchina los había visto pasar dos o tres veces, como una aparición. El marqués era un joven agraciado, alto, con una cabeza rizada y unos ojos melancólicamente expresivos. Un día, al bajar del caballo, se torció un poco un pie y llamaron a Toto Primicerio para que fuera a Altavilla y le curara aquella cosa de nada. Pero desde entonces, cada vez que el marqués d'Aragona se encontraba con Checchina Primicerio

la saludaba con un amplio sombrero, ese gran saludo aristocrático que halaga a las burguesas. Tres veces la había saludado de aquel modo: un domingo en la plaza, donde tocaba la banda municipal, entre la iglesia y el café, mientras las bellas frascatanas paseaban con la cabeza y los hombros ocultos por la toquilla de lana blanca; un miércoles por la tarde, cuando ella cosía tras los cristales de su balcón una camisa vieja de su marido para arreglarle los puños y el marqués d'Aragona pasó por la calle y saludó; un lunes por la mañana que estaba ella con Susanna en un recóndito callejón de Frascati, regateando con un campesino la compra de unas cestas de tomates para las conservas del invierno, y el marqués d'Aragona pasó y saludó; esa vez, lo recordaba bien, ella se ruborizó, aunque no sabía por qué, quizá porque Susanna discutía el precio en voz alta con el campesino. Ahora el marqués venía a comer, y ella no sabía qué darle a este noble habituado a las fantasías culinarias de los grandes cocineros. Solo tenían un servicio de platos para seis personas, comprado en una almoneda, Casa Stella, y faltaban la salsera y la ensaladera. ¿Bastaría? ¿Y la ensalada —porque una comida requiere una ensalada—, dónde la pondría? Podían darle *gnocchi* con salsa de carne. Los *gnocchi* los prepararía ella misma; y la salsa, Susanna, que eso se le daba bien. Luego se serviría carne con guarnición de patatas guisadas en la salsa; y después un plato de pescado frito. Pero ¿qué hacer, si Susanna siempre se lamentaba de que la sartén tenía un abultamiento en el centro, de modo que el aceite se escurría a los lados y el pescado se quemaba y se ponía negro? Se necesitaba una sartén nueva, o había

que renunciar a la fritura. Los cubiertos de plata eran seis, pero uno de los tenedores tenía dos dientes doblados. Si no bastaban, Susanna debería darse prisa y lavarlos en la cocina, igual que los platos. Y el asado, ¡se necesitaba un asado! ¿No se estila el pollo en las casas aristocráticas? ¿Cómo hacerlo, si en la cocina solo había dos hornillos y faltaba el asador? Aquella comida iba a costar una barbaridad de dinero, y ¡cómo decirle a Toto todas las cosas que faltaban en casa! Un marqués con aquel aspecto serio de gran señor, que llevaba en el dedo un anillo con un brillante, un zafiro y un rubí, ella lo había visto perfectamente; un marqués al que con toda seguridad amaban varias princesas... Habría que darle también un postre dulce. ¿Qué dulces sabía preparar ella desde que era jovencita? ¿La tarta con conserva de guindas? ¿Cuántos huevos ponía entonces con un kilo de harina, medio de azúcar muy fina y media libra de mantequilla? ¿Y el horno para la tarta? La verdad es que podría bajarla donde la portera, que tenía horno. Habría que pedirle el favor a esa enfadosa de Maddalena que regañaba siempre con Susanna por culpa de la confesión, porque Maddalena era una hereje. Luego, al día siguiente, si sobraba tarta, le enviaría un pedazo para que la probara, en agradecimiento a su favor.

Y el café se sirve en la mesa después de recoger, ¿verdad? Susanna lo hacía por las mañanas en la lumbre, con el recocado del día anterior y un poco de café nuevo. En cambio, los nobles, con su aspecto siempre despierto y vivaz, está claro que toman el café hecho con máquina, en el infiernillo y reciente, tres o cuatro cucharillas por taza, sin recocerlo. Justo la semana